

artículo: la Iglesia es infalible, no hace falta saber: 1.º, si el libro de donde se ha sacado esta máxima es canónico; 2.º, si está conforme con el original, y 3.º, si el pasaje puede tener otro sentido. (1). Ciertamente que los simples y los ignorantes se verán en gran apuro, y es menester que se decidan, porque se trata de su salvación eterna, y bien se puede desafiarles á que tomen un partido. La incertidumbre, la duda, el escepticismo, hé aquí en qué vienen á parar las pruebas de la revelación: "Quitad la vía de la autoridad, dicen los católicos, y exponéis á los cristianos á caer en el pirronismo sobre todos los artículos de la fe." (2). Arguyen los reformados que "si los doctores de la Iglesia podían persuadir al mundo de que es imposible encontrar la verdad por la vía del examen, como trabajan en ello con todas sus fuerzas, bien pronto verán que no han trabajado más que para establecer el pirronismo." (3). ¿Qué piensan los filósofos de este debate? Que los católicos y los reformados tienen igualmente razón. "En tanto que unos y otros no hacen más que atacar, dice Freret, triunfan; la imposibilidad del examen está claramente demostrada por los católicos; el absurdo de la vía de autoridad ha sido puesto muy en claro por los protestantes." ¿Qué se deduce de todo esto? Freret deduce, volviendo á tomar el principio de los católicos: "Una religión cuyas pruebas no están al alcance de todos los hombres no puede ser la religión establecida por Dios para los simples y los ignorantes; ahora bien, las pruebas del cristianismo no están al alcance de todos los hombres; luego el cristianismo no fué instituido por Dios." ¿Es necesario demostrar, después de lo que acabamos de decir, que las profecías y los milagros son pruebas que exceden, con mucho, á la concepción de los simples y los ignorantes? "Para juzgar el argumento de las profecías es preciso asegurarse: 1.º, del tiempo en que vivía el profeta, á fin de saber si la profecía no es posterior al acontecimiento; 2.º, del verdadero sentido que encierra la profecía, lo cual supone el conocimiento de la lengua original del libro profético, y 3.º, es preciso estar cierto de que el profeta no ha podido conjeturar lo que ha predicho." No hay menores dificultades para los milagros que tienen por ga-

(1) JURIEU, *Sistema de la Iglesia*, c. XIX, p. 339 y siguientes.  
 (2) PAPIN, *Las consecuencias de la intolerancia*, p. 119.  
 (3) BAYLE, *Diccionario*, art. *Pelisson*, nota D.

rantía libros cuya veracidad no puede probarse sin el auxilio de la historia. "Es preciso, pues: 1.º, examinar el siglo en que vivieron los historiadores que los refirieron; 2.º, establecer la autenticidad de sus libros y la sinceridad de sus testimonios, y 3.º, ver si los milagros no son efecto de la superchería ó si pueden explicarse por causas naturales." (1).

Así pues, las pretendidas pruebas de la revelación se vuelven contra la religión revelada. Podríamos limitarnos á esas consideraciones generales que bastan para destruir el cristianismo tradicional, pero no dando una idea suficiente de la lucha que se entabla en los siglos XVII y XVIII entre la Iglesia y la filosofía; nos hace falta entrar en más detalles; es tanto más necesario, cuanto que los defensores interesados de la revelación no se dan jamás por vencidos, reproduciendo todavía en el siglo XIX, con imperturbable seguridad, las pruebas invencibles de las profecías y los milagros; y como los libres pensadores no se dignan ya responderles, triunfan; bueno será convencerles de su ignorancia, mostrándoles que no tienen más que abrir los escritos filosóficos de los últimos siglos, y allí encontrarán la respuesta que piden.

Teñemos aún otra razón para asistir á esta lucha: la conclusión de los filósofos es que no ha habido jamás milagros, y que estos prodigios son hasta imposibles; como respuesta á esas objeciones, los celosos se han puesto á forjar milagros; por el momento es verdad que se ha renovado la superstición; pero los celosos, si cabe en esto celo, ¿no ven que todo fraude sacrifica el porvenir al presente? Fabricar milagros, que una parte del clero mismo rechaza con indignación como vergonzosa impostura, es dar la razón á los incrédulos, que no han querido jamás ver en esos prodigios más que una obra de superchería y de avaricia. Que haya algunos peregrinos en la Saleta, ¿compensa esa recrudescencia de superstición el mal que los falsos milagros causan al cristianismo? ¿Ó se espera que las tinieblas de la ignorancia cubran una vez más toda la Europa como en los buenos tiempos que se llaman la Edad Media? ¿Van as esperanzas! Las victorias que la fe consigue por medio de estos vergonzosos expedientes son más

(1) FRÉRET, *Exámen crítico de los apologistas* (Obras, t. III, páginas 391-393, 379-381).

desastrosas que una derrota; que no es á la ignorancia y al error, y mucho ménos todavía al fraude y á la impostura, á quien pertenece el imperio del mundo, es á la verdad.

## § II.—Las profecías.

### N.º 1.—Judíos y cristianos.

#### I.

Las dos ramas de la tradición cristiana invocan por una y otra parte las profecías; los Judíos son los que las tienen escritas, porque han sido dirigidas evidentemente al pueblo de Dios, á la raza escogida; los demas pueblos las ignoraban. Es verdad que los Judíos esperaban ese Mesías, y creían que su advenimiento estaba predicho por sus escritores sagrados; cuando Jesucristo predicó la buena nueva creyeron sus discípulos que era el sucesor de Moisés anunciado por los profetas, y, á juzgar por los Evangelios, él mismo tuvo esta creencia. Aplicáronse, pues, á Cristo todas las predicciones mesiánicas; los Judíos lo contradijeron; no quisieron reconocerle por su Mesías, y le condenaron á muerte como falso profeta; no se acabó el debate con este sangriento sacrificio; los Judíos, acusados de deicidio, fueron perseguidos durante mucho tiempo por un crimen imaginario; en los tiempos modernos, los odios ya se han ido disminuyendo y calmando. En el siglo XVIII hubo un cristiano tolerante y un Judío respetuoso para la religión de los cristianos; entablóse entre ambos una polémica y se dió á la publicidad (1): no conocemos libro de controversia más bello; reina en él una serenidad de espíritu y una paz y caridad igualmente admirables; ambos interlocutores son hombres de fe, y por lo mismo que lo son, respetan las creencias de que no participan; vamos á resumir el debate, con el disgusto de no poder citar más que algunos rasgos concernientes á las profecías.

Hay profecías mesiánicas; pero ¿quién es el Mesías esperado por el pueblo escogido? Los cristianos adoran á Jesus como Hijo de Dios, coeterno del Padre: Cristo es Dios; ¿y el Mesías de los profetas es también idéntico al Dios de Israel? Los

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, *de Veritate religionis christianae amica collatio cum erudito Judaeo*.

escritores sagrados de los Judíos hubieran rechazado semejante idea como una blasfemia: el Dios de la Biblia es un Dios único, y en ella no hay otro que el Dios de Abraham y de Jacob; los Judíos no conocían la distinción de tres personas, siendo Dios cada cual en sí y no formando, sin embargo, más que un solo sér; verdad es que Dios envía á su pueblo profetas inspirados de un poder sobrenatural, pero sin dejar de ser criaturas: tal era el más grande de todos, Moisés, y así debía ser el Mesías: ¿podían los Judíos reconocer á Cristo por su Mesías?

Colocándonos en el terreno histórico, podría decirse que Jesucristo no ha afirmado que él sea Dios; pero cuando los Judíos discuten con cristianos, tienen que entender los Evangelios como los cristianos; y como los cristianos pretenden que Cristo se manifestó á sus discípulos como Hijo de Dios y que los apóstoles le siguieron como tal, desde este momento los Judíos están en el derecho de decir á sus adversarios: "El Mesías que nuestra ley anuncia es un profeta, un enviado de Dios que nos hará conocer su voluntad; por lo mismo no podemos tener fe en un hombre que acaba de decir que es uno con su Padre que está en los cielos. Este hombre es un falso profeta, y nuestra ley nos manda matarle. Verdaderamente que si Jesus hubiera predicado otro Dios que el de Israel habría merecido, según los términos del Deuteronomio, ser apedreado; pues bien, ¿no es otro Dios el que vuestro Cristo nos quiere hacer adorar cuando dice que él es el Mesías y que el Mesías es Dios? ¡Mostradnos en nuestros libros sagrados un solo pasaje en que se hable de un Dios-Hombre! ¡Mostradnos un solo pasaje en que Dios haya predicho por medio de sus profetas que él encarnaría en el seno de una mujer!" (1).

Los cristianos, continúa el interlocutor judío, nos acusan del más inexpiable de los crímenes, de deicidio: ¿cómo hemos de ser nosotros culpables de haber hecho morir á un Dios, cuando nuestro Dios, el verdadero Dios, no nos ha dicho nunca que algun día hubiera de tomar forma humana para revelarnos lo que vosotros llamais la ley de salvación? Cuanto más grande sea ese misterio y más incomprensible, más debería Dios predecirle

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, *de Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 110 y 111.

claramente, á fin de instruirnos y guiarnos, como no ha dejado de hacerlo desde los patriarcas. Si lo que vosotros decís fuera verdad, léjos de ser criminales, tendríamos el derecho de quejarnos de que Dios nos había engañado, porque nos dice que él es el único Dios verdadero, nos anuncia profetas, y en lugar de enviarnos un Mesías, viene él mismo bajo la forma de un hombre. Si esto es verdad, entónces son falsos los profetas; y si los profetas son verdaderos, es imposible que Jesucristo sea Dios (1).

¿Para qué había de haber descendido á la tierra Dios mismo? Los cristianos tienen con respecto á esto todo un sistema de teología; pero, dice el doctor judío, yo no encuentro una sola palabra de su doctrina en las profecías mesiánicas. Desde luego dicen que Jesucristo ha revelado una nueva ley y que ha abolido el mosaísmo; esta pretension de los cristianos está en contradicción con las propias palabras de Jesús y con el respetuoso celo con que observaba la ley; pasemos esto por alto, puesto que no es cuestion más que de profecías. ¿Ha predicho Dios que el Mesías había de cambiar la ley? Al contrario, dice y repite que su ley es eterna; si es verdad, pues, que vuestro Cristo ha predicado una religion que debía reemplazar á la nuestra, por este solo hecho es un falso profeta. Ciertamente, los Judíos no podían reconocer su Mesías en un hombre que acababa de decir todo lo contrario de lo que Dios mismo les había dicho (2); por este título más, Jesús merecía la muerte, y los Judíos, léjos de ser criminales, no han hecho más que cumplir un deber que la ley les impone.

¿Cuál es la ley que Jesucristo predicó, y por qué no bastaba la ley antigua? Los cristianos responden que el Hijo de Dios ha venido para salvar al género humano; ¿á salvarle de qué? De la muerte eterna. Y ¿por qué habían incurrido los hombres en esa terrible pena? Por el pecado de Adán. ¿Es este el Mesías de los profetas? Los profetas no saben nada del pecado original, é ignoran lo que es un salvador y un mediador; si Jesucristo es realmente el Hijo de Dios, y si no se puede alcanzar felicidad eterna más que por la fe en Cristo, es

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 9-73.

(2) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 7.

preciso decir de nuevo que Dios ha engañado á su pueblo y que le ha engañado de manera que aquellos que pasan por sus hijos predilectos son en realidad hijos de cólera y de maldición (1). En efecto, segun la doctrina cristiana, la fe en Cristo es necesaria para salvarse, bajo la ley antigua así como bajo la ley nueva; ahora bien, la ley es una revelacion; es preciso, pues, que Dios haya revelado á los Judíos el Mesías salvador y que haya hecho de la fe en Cristo una constitucion de salvacion. El interlocutor judío pide que se le muestre un pasaje preciso de la Escritura que contenga esta revelacion, porque preciso debe ser supuesto que de él depende la salvacion; á este reto no responderán nunca los cristianos, y la verdad es que ni un sectario de Moises ha comprendido la ley en ese sentido ántes de la venida de Cristo; hay más: el mismo Jesús y los Doce no la han entendido así; vamos á parar á una consecuencia espantosa; Dios ha dado una ley de salvacion á los Judíos, y ni un solo Judío ha comprendido esta ley, ni aún el profeta que la ha revelado; ¿para qué sirve, pues, la revelacion de Moises? Para condenar á los Judíos, dice San Agustín (2).

No, dice el doctor judío, segun nuestra Escritura, el Mesías no debe ser un salvador, sino un rey que ocupará el trono de David; esto es lo que los libros sagrados proclaman en los términos más claros; los cristianos se ven obligados á hacer decir á los profetas mesiánicos lo contrario de lo que dicen, para acomodarlo á su doctrina. Cuando los profetas predicen que el Mesías será el sucesor de David, que reinará en Israel y que esparcirá la ley de Moises por el mundo entero, los cristianos les hacen decir que no reinará en la tierra, sino en el cielo; que no predicará la ley de Moises, sino una ley nueva. ¿Qué es lo que les autoriza á dar á los libros sagrados una interpretacion que destruye su sentido? ¿Cómo han de poder los Judíos adivinar que la tierra quiere decir el cielo, y que la eternidad de la ley quería decir que la ley fuera temporal? (3).

Los cristianos insisten en sostener que hay profecías que anuncian un Mesías espiritual y un

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 55.

(2) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 1-8.

(3) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 53.

reino celeste; es preciso entónces, responde el doctor judío, que esas profecías sean oscuras hasta el punto de ser ininteligibles; ni un solo Judío las ha comprendido nunca así; hasta los cristianos lo confiesan, puesto que nos acusan de ser una raza sensual y de esperar un reino y una felicidad terrestres, sin ver que la acusacion arguye contra ellos, y prueba, en efecto, que las profecías son claras de tal modo, que es imposible darlas otro sentido; los Judíos no han podido ver en las profecías lo que han visto los cristianos (1).

La interpretacion que dan los cristianos á la Escritura se funda en la suposicion de que las profecías tienen un doble sentido, literal y figurado; Pascal confiesa que, si las profecías no tienen más que un sentido, el sentido literal, no hubiera venido el Mesías; pero ¿quién autoriza á los cristianos para admitir un doble sentido? No es eso contrario á todas las reglas de interpretacion? Las palabras de que se sirve Dios por boca de los profetas deben expresar su pensamiento; cuando esas palabras presentan un sentido claro, ¿pueden desecharse para buscarles otra significacion? Si eso fuera permitido, ¿á qué vendría á parar la revelacion? Á un mero juego de palabras. Se la haría decir todo lo que se quisiera; en caso de necesidad, que lo negro es blanco y lo blanco negro, y esto es efectivamente lo que hacen los intérpretes cristianos. Dicen los profetas: el Mesías será rey y someterá todos los pueblos; Jerusalem será la señora de todas las naciones; Jesús dice lo contrario: que su reino no es de este mundo; ¿qué hacen los cristianos para conciliar las profecías con esas famosas palabras? Imaginan un reino espiritual, una Jerusalem celeste. ¿Qué es esto, en definitiva, más que una prueba de que se procura torcer la palabra de Dios para darle una significacion contraria á la que tiene? (2).

## II.

Hay mucho que decir sobre este debate: los libros pensadores le han tomado por su cuenta, y han acabado de demoler las profecías. En la discusion de Limborch y su amigo el doctor judío se

(1) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 69-92.

(2) PHILIPPI A LIMBORCH, de *Veritate religionis christianae amica collatio*, p. 129.

supone que los discípulos de Cristo han entendido siempre el reino que predicaba su maestro en un sentido espiritual; la suposicion está desmentida por el texto mismo de la Sagrada Escritura, en el cual se ve que los apóstoles estaban muy conformes con las ideas que los profetas daban de Moises, y esperaban un segundo advenimiento de Cristo y la realizacion de las profecías mesiánicas sobre esta tierra; de aquí la creencia de la proximidad del fin del mundo de la cual participaban todos los apóstoles, de ahí los sueños de un reino de mil años que tienen igualmente un apóstol por autoridad; solamente cuando quedaron defraudadas esas esperanzas fué cuando se resignaron los cristianos á trasformar el reino terrestre en celeste y cuando el Mesías vino á ser el Hijo de Dios; este solo hecho da el golpe de gracia á las profecías mesiánicas (1).

El *doble sentido* que, segun Pascal, es absolutamente necesario para probar que Cristo ha venido no es, en definitiva, más que un embrollo que se vuelve contra la revelacion. Voltaire se encarga de responder á Pascal: "Un hombre que tuviera la desgracia de ser incrédulo podría decir: El que da dos sentidos á sus palabras quiere engañar á los hombres, y esa duplicidad es siempre castigada por las leyes: ¿cómo podeis sin avergonzaros admitir en Dios lo que se castiga y se detesta en los hombres? Qué digo, ¿con qué desprecio y con qué indignacion no tratábais á los oráculos de los paganos porque tenían dos sentidos?" (2). ¿Qué dice Pascal para explicar ese doble sentido? Confiesa que los Judíos entendían las profecías en un sentido material. ¿Por qué, entónces, ha hecho Dios profecías á un pueblo que era indigno de entenderlas? Las ha hecho para que sean creídas; ¿creídas por quién? No por los Judíos, puesto que éstos no las han comprendido nunca. Dios hace, pues, sus profecías á los Judíos sabiendo que no las van á comprender, y aún más, queriendo que no las comprendan, porque si hubiese querido hacerse comprender, hubiera hablado claramente, en lugar de hablar en sentido figurado; ¿con qué interés puede engañar Dios al pueblo escogido? Con el fin de que los profetas sean creídos por los cristianos;

(1) Este hecho ha sido puesto en claro por el célebre fragmentista (REIMARUS, *Fragmente eines Ungenannten*).

(2) VOLTAIRE, *Observaciones sobre los pensamientos de Pascal* (Obras, t. XXIX, p. 283).

pero ¿hubieran creído ménos los cristianos porque los Judíos hubiesen entendido las profecías mesiánicas en un sentido espiritual? Si, responde Pascal, y aquí se propone demostrar que era bueno que los Judíos no creyesen, á fin de que su incredulidad ayudase á los cristianos á creer (1).

Da lástima ver á Pascal aferrado á una revelación que no está fundada más que en pruebas imaginarias; ¿sorprende que la demostración acabe en un verdadero galimatías? No, no es verdad que haya sido necesaria la incredulidad de los Judíos para que los cristianos creyesen en los profetas mesiánicos; el buen sentido nos dice, por el contrario, que si los Judíos hubiesen entendido las profecías en un sentido espiritual, hubieran sido realmente predicciones anunciando la venida de Cristo, y, por tanto, hubieran obligado á la convicción hasta de los más incrédulos, mientras que hablando los escritores sagrados de un rey y de grandezas temporales, y obligados los cristianos á violentar los textos para acomodarlos á un Mesías pobre y paciente, están autorizados los incrédulos para decir que no hay profecías sobre la venida, la muerte y la resurrección de Jesucristo.

La explicación de Pascal, lejos de fortificar la autoridad de la revelación, la debilita, por mejor decir, la arruina, dando de Dios una noción espantosa, una noción que la conciencia moderna se niega á aceptar. Dios ha escogido un pueblo entre todos, que es su pueblo elegido, y se ha revelado á él; ¿con qué fin? ¿No es para procurar la salvación de aquellos á quienes ilumina? Sin embargo, les habla un lenguaje de doble sentido, cegándolos en lugar de iluminarlos; ciega á los unos, dice Pascal, para dar luz á los otros (2); ¿qué quiere decir esto? Si Dios ciega á los Judíos los pierde, incurriendo los desgraciados en la condenación eterna; ¡hé aquí para qué Dios ha conducido de la mano al pueblo elegido! ¡Hé aquí para qué le ha libertado de la esclavitud y para qué le ha enviado profetas! ¡Un Dios que se revela á los hombres para perderlos! ¿Cómo ha podido entrar en el espíritu de un hombre idea tan espantosa? Porque necesitaba á toda costa una prueba invencible para establecer la verdad de la religión cristiana: las profecías serían una verdadera demostración si las

(1) PASCAL, *Pensamientos*, art. xv.  
(2) PASCAL, *Pensamientos*, xvi, 9.

hubiera verdaderas. Hay profecías mesiánicas; se apoderan de ellas; los Judíos dicen que no son aplicables á Jesucristo, y es preciso probarles que se engañan; si se engañan, es porque han entendido las profecías en el sentido claro y evidente en que se presentan; luego han sido engañados por los profetas y por Dios; hé aquí la última consecuencia de la prueba esencial demostrativa de la revelación. ¡En verdad que no está hecha para convertir incrédulos!

No tienen bastante los cristianos con la condenación eterna de los Judíos; es preciso todavía, para completar la autoridad de las profecías, que el pueblo de Dios sea miserable y esclavo sobre esta tierra: "Es admirable, dice Pascal, y digno de extraña atención, ver al pueblo judío subsistir después de tantos años y siempre miserable, siendo necesario para la prueba de Jesucristo que subsista para probarlo, y que esté miserable por haberle crucificado; y aunque sean contrarios el estar miserable y el subsistir, subsiste, sin embargo, siempre á pesar de su miseria," (1). Bossuet celebra igualmente "ese profundo designio de Dios, por el cual los Judíos subsisten aún en medio de las naciones, por donde andan dispersos y cautivos; pero subsisten, dice, con el carácter de su reprobación, caídos visiblemente por su infidelidad á las promesas hechas á sus padres, privados de la tierra prometida, hasta sin tener ninguna tierra que cultivar, esclavos por donde quiera que están, sin honor, sin libertad y sin formar pueblo," (2). Si hay algo de extraño en la supuesta reprobación de los Judíos, es la ceguera de los cristianos. El mundo católico no cuenta en el siglo XVII con nombres más ilustres que los de Pascal y Bossuet, y esos grandes genios están de acuerdo en celebrar como un *consejo de Dios* la esclavitud de todo un pueblo. ¿Cómo oscurece la fe las más altas inteligencias! Lo que se atreven á llamar *consejo de Dios* es simplemente la intolerancia de los cristianos. Desde el día en que la Revolución, inspirada en la filosofía, emancipó á los Judíos, cesó la esclavitud; sin embargo, la humillación de los *deicidas* ha sido predicha por una profecía y declarada eterna. ¡Los papas, esos órganos de la verdad absoluta, han entregado á los desgraciados descendien-

(1) PASCAL, *Pensamientos*, xix, 4.  
(2) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal* (Obras, tomo ix, p. 217).

tes del pueblo elegido á una servidumbre que no debe cesar sino cuando los Judíos se convirtieren al Evangelio! ¿En qué se han confirmado esas bárbaras predicciones? El progreso de los sentimientos y de las ideas las han vencido, demostrando su ineficacia; lo mismo ha sucedido con las profecías mesiánicas, con las cuales tan estrechamente se relacionan.

Las profecías mesiánicas no tienen ninguna relación con Jesucristo; este punto está fuera de duda, y en él triunfan los Judíos sobre los cristianos; ¿es esto decir que los Judíos estén en el derecho de invocar las profecías para justificar la esperanza en que viven de un Mesías? Aquí vuelven á ocupar su ventajosa posición los apologistas cristianos; Bossuet puede demostrar sin trabajo que las profecías, si se toman en su sentido literal, como anunciando un Mesías temporal, son falsas, por la sencilla razón de que el Mesías hubiera debido venir desde hace muchos siglos, cualquiera que sea el cálculo que se adopte (1). Es inútil que nos detengamos en este punto; los Judíos han acabado por abandonar las profecías que les eran tan queridas. Llegamos á esta conclusión sobre las predicciones mesiánicas, la prueba por excelencia de la revelación cristiana. Los Judíos demuestran hasta la evidencia que no son aplicables las profecías á Jesucristo, y, por tanto, que no ha venido el Mesías; por su parte, los cristianos demuestran tan claramente también que, entendidas en el sentido de los Judíos, no pueden realizarse, y, por consiguiente, son falsas; en efecto, consideradas como predicciones del porvenir é inspiradas por Dios, las profecías no son más que quimeras; esto es lo que los libres pensadores quieren establecer contra los Judíos y los cristianos.

#### N.º 2.—Los libres pensadores y los apologistas.

##### I

Un libre pensador, salido del judaísmo, es el que ha destruido en su fundamento la autoridad de las profecías bíblicas. Espinosa tuvo un precursor en el célebre filósofo conocido con el nombre de Maïmonide (2). ¡Cosa notable! El mismo pueblo

(1) BOSSUET, *Discurso sobre la historia universal*.  
(2) *La guía de los extraviados*, por MOÏSE BEN-MAÏMOUN, llamado MAÏMONIDE, traducido por MUNK, 2 vol., París, 1856-1861.

que produjo los profetas dió también á luz á esos espíritus libres que han destruido el prestigio de los profetas. Maïmonide escribía en la Edad Media, época en que era la intolerancia tan general entre los oprimidos como entre los opresores. Tuvo necesidad de muchas precauciones para no exponerse al odio de los Judíos y de los cristianos todos juntos. El filósofo judío procede como los filósofos italianos; afecta profundo respeto por la revelación de Moisés, y después, cuando deja bien establecida su ortodoxia, demuele las bases sobre que descansa el mosaísmo, considerado como revelación milagrosa, advirtiendo que lo que dice de los profetas no se lo aplica á Moisés, salvo para el lector inteligente que haga esta aplicación.

Puede decirse, en una palabra, que Maïmonide racionaliza la profecía. En el sentido ortodoxo, el profeta es un enviado de Dios, no siendo él el que habla, sino Dios, que habla por su boca, y quedando el hombre reducido á mero instrumento en manos del Espíritu Santo. Pongamos enfrente de la concepción vulgar la idea de Maïmonide: "Sabe, dice él, que la profecía es una emanación de Dios que se comunica por la intermediaria de la inteligencia activa sobre la facultad imaginativa; es el término de la perfección á la cual puede aspirar el hombre," (1). Dios no figura en esta definición sino como principio y fuente de nuestros sentimientos, desempeñando el hombre el principal papel y viniendo á ser la profecía un hecho natural. Maïmonide admite grados en la inspiración profética, y llama al grado supremo visión, pero no la visión de Dios tal como los creyentes la imaginan; en efecto, el filósofo judío se pregunta, no sin cierta ironía, si el profeta podrá alcanzar ese grado de *imaginación* para estar convencido que Dios mismo le habla. No, responde, la fuerza de imaginación no puede llegar hasta ahí (2); sin embargo, según los profetas, es siempre Dios el que habla y el que obra: ¿cómo explica Maïmonide este hecho? Es la imaginación la que juega el papel principal en él, y no hay que creer en una acción directa de la divinidad; así exclama el salmista: "Dios habla y se levanta el viento de la tempestad que revuelve las olas;" ¿quiere decir esto que no soplen los vientos ni ruja la tempestad más que con la palabra de

(1) *La guía de los extraviados*, parte segunda, p. 281.  
(2) *La guía de los extraviados*, parte segunda, páginas 333 y siguientes.

Dios? Esto es un fenómeno natural, responde la razón, y Maimonide es de esta opinión, cuidándose de tomar las metáforas del lenguaje profético en un sentido racional; ¿qué resulta de ello? Que se desvanecen los prodigios. Cuando se trata del milagro de Jonás, que es una profecía, dice el escritor sagrado: "Y el Eterno habló al pez." ¿Hace falta creer que hubo allí una conversación entre Dios y el pez? Tal es, en verdad, el lenguaje del profeta; en realidad, las cosas pasan más humanamente: no fué Dios, dice Maimonide, quien determinó á la ballena á tragarse á Jonás; fué el hambre: la Biblia, añade, no quiere decir que el pez haya oído la palabra de Dios, ni que Dios haya hecho al pez profeta y se haya revelado á él (1).

Maimonide tiene, sin embargo, gran respeto por los profetas, puesto que cree que en ellos se unen la inteligencia y la imaginación para producir la perfección humana; si dominase la inteligencia sola en los profetas, dice, á cualquier altura que se elevase, tendríamos un filósofo y no un iluminado. Si, al contrario, reinase la imaginación como soberana, tendríamos uno de esos soñadores víctimas de sí mismos y artífices de piadosas mentiras, que se llaman adivinos, augures, magos; pues bien, hé aquí á Espinosa que nos enseña que los profetas son hombres de imaginación y que los despoja de la inteligencia que Maimonide había querido reconocerles. Los ortodoxos colocan á los profetas por encima de la humanidad, mientras que Espinosa les niega casi la razón, y tiene á su favor la Sagrada Escritura: ¿no se dice en ella que Salomón sobresalía por su sabiduría? Sin embargo, no se dice que tuviera el don de la profecía; por el contrario, hombres groseros sin ilustración, y hasta mujeres esclavas, entre ellas Agar, sierva de Abraham, fueron profetas; á creer en los ortodoxos, los profetas hubieran revelado verdades á las cuales no hubiese llegado nunca nuestra razón por sus propias fuerzas; si fuese así, sería preciso confesar que los profetas eran puras máquinas y que no tenían conciencia de lo que revelaban. Espinosa cita las profecías de Zacarías tan oscuras, que él mismo no pudo comprenderlas sin una explicación, y peor aún fué lo que le sucedió á Daniel, el gran profeta, incapaz de comprender sus propias profecías ni con una explicación (2).

(1) *La guía de los extraviados*, t. II, p. 355.

(2) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. II.

¿Qué importa, dicen los ortodoxos, que los profetas no hayan comprendido sus revelaciones? Eso mismo prueba que hablan bajo la inspiración del Espíritu Santo; sí, pero á condición de que se encuentren en sus escritos nociones de Dios, del mundo, y que por su sublimidad no puedan ser descifradas más que por la sabiduría eterna. ¿Y son así? Espinosa pasó la vida meditando sobre Dios, y hé aquí lo que escribe en la intimidad de la amistad sobre las revelaciones proféticas: "Las especulaciones de la filosofía no tienen nada que ver con la Escritura; por mi parte, declaro que jamás he aprendido en ella uno solo de los atributos eternos de Dios," (1). Verdad es que la Escritura no es un curso de filosofía; pero, por lo menos, cuando Dios habla á los hombres por la mediación de los profetas no debe darles falsas ideas; ahora bien, consultemos al más grande de los profetas. Moisés pide ver á Dios; creía que es visible, es decir, que no hay nada en su naturaleza que le impida serlo; y para confirmar esta grosera noción de la divinidad, pone en la boca de su Dios esta respuesta: "Ningún mortal puede vivir después de haberme visto." Lo que implica aún que Dios es visible, y que si no podemos verle, es únicamente por causa de nuestra debilidad. ¡Vaya una bella revelación del Ser Supremo! Otra revelación digna de la primera: creíase que Dios habitaba en los cielos; cuando quisiera hablar á los hombres, debería, pues, descender de su celeste morada; ésta es también la creencia de Moisés; Dios descende á las montañas para dictarle sus mandamientos, y el profeta subió á ellas para hablar á Dios. Resulta que el más grande de los profetas no sabe que Dios está en todas partes (2).

## II

Casi no valen la pena de mencionarse las refutaciones que los apologistas cristianos han hecho de la doctrina de Espinosa; se desatan en injurias é insolencias, imaginándose los pigmeos que han derribado al gigante; hablamos de los más autorizados. Abbadie, por ejemplo, que gozaba de tanto crédito en el siglo XVII, dice que las críticas de Espinosa no son más que un compuesto de mala

(1) ESPINOSA, *Epístola XXXIV, ad Elyenbergh*.

(2) ESPINOSA, *Tractatus theologico-politicus*, c. II.

fe, de ignorancia y de falta de juicio (1). ¡Es verdaderamente increíble la fatuidad de los defensores del cristianismo! Parecía tan evidente la revelación, que creían que era preciso ser ignorante ó de mala fe para atreverse á atacarla; nos bastará oponer á su presunción los trabajos de la ciencia moderna, para mostrar que el exceso de celo se vuelve contra la revelación.

Espinosa destruye las profecías en su fundamento, haciendo notar que no son un hecho peculiar del pueblo hebreo, sino que todas las naciones tienen sus profecías; los libros sagrados y profanos están llenos de narraciones proféticas; la ciencia moderna ha aprovechado esas tradiciones para hacer un estudio serio de la profecía judía (2); y ¿qué resultados ha llegado? Precisamente á los que Espinosa ha establecido desde el siglo XVII, representando á los profetas como hombres de imaginación exaltada, y esto está admitido hoy como una verdad incontestable: la profecía es inseparable de la poesía, tanto entre los paganos como entre los Hebreos. El poeta hebreo es un profeta y el profeta un poeta. ¡Cosa singular! Los apologistas que tratan á Espinosa de ignorante participan del error general sobre el carácter de los profetas, imaginando que los escritores sagrados no tenían otra misión que predecir el porvenir; ahora bien, encontrarse que la palabra que les designa en la lengua hebrea, *rabi*, no indica de ningún modo la idea de predicción; hoy hasta los ortodoxos, al menos los protestantes, lo confiesan. ¿Qué significa el *rabi*? Un orador que expone y defiende la ley de Moisés, un poeta que celebra sus beneficios y recomienda la práctica de ella: tal es la misión de los poetas hebreos. ¿Cuándo florecieron? Desde Moisés hasta la vuelta de la cautividad de Babilonia. ¿Por qué? Porque el pueblo violaba sin cesar las prescripciones de la ley, porque era infiel á la alianza que Dios había contraído con Israel, y era preciso recordarle todos los días su deber, luchar y combatir por las instituciones mosaicas. Desde la vuelta de Babilonia cesan los profetas. ¿Por qué? Porque desde entonces los Judíos observaron la ley con el celo y rigor que admiramos en ellos aun en nuestros días.

(1) ABBADIE, *Tratado de la verdad de la religión cristiana*, tomo I, páginas 213-202.

(2) MICHEL NICOLAS, *la Ciencia bíblica en Alemania (Revista germánica)*, t. X, p. 500.

Es preciso añadir un carácter á la profecía para completar con él la definición: los iluminados hablan bajo una influencia divina; Espinosa explica este hecho, haciendo notar que los Hebreos lo referían todo á la divinidad, sin pararse en cosas secundarias y naturales: el profeta es un poeta, un predicador, y él, más que ningún otro, debía creer que el grito de la conciencia que le impulsaba á hablar era la voz de Dios que le daba la misión de recordar al pueblo la observación de la ley. Hay aún otro elemento de las profecías de que Espinosa no habla, la forma de la predicción que revisten de ordinario; la crítica moderna encuentra la razón de ello en las creencias de los Hebreos; ignorando el dogma de una vida futura, y profundamente convencidos de la justicia divina, esta justicia debía ejercerse, en ese supuesto, sobre la tierra para los individuos y para las naciones; ellos creían "que el temor de lo eterno prolonga los días, mientras que los de los malos son abreviados." Tan arraigada estaba esa creencia, que llegó á ser como la esencia de los sermones proféticos. Si el pueblo de Dios observa la ley, prosperará; si viola la alianza que ha hecho con Dios, será castigado: los Sirios, los Caldeos y los Egipcios caerán sobre él y ejercerán las venganzas del Señor; si los hijos de Israel se arrepienten de sus faltas, Dios los libertará de la esclavitud y esparcirá la ley por el mundo entero: hé aquí el germen de las profecías mesiánicas, que se explican por las esperanzas del pueblo elegido, lo cual destruye toda idea de una intervención milagrosa de Dios.

Cuando se considera la obra de los profetas en su realidad histórica, tiene una grandeza incomparable: la poesía es la que canta la ley moral, la predica y acaba por inculcarla en las almas. El siglo XVIII no podía hacer justicia á los profetas; no comprendía el pasado y se contentaba con maldecirle; pero ¿quién es culpable de esto? No lo son ciertamente los libres pensadores; cuando, á nombre de una pretendida revelación, acaban de imponerse creencias absurdas; cuando se pretendía probar la verdad de la revelación por predicciones igualmente absurdas, ¿qué mucho que trataran de charlatanes á los profetas? "El arte de profetizar, dice el barón d'Holbach, fué un verdadero oficio, ó, si se quiere, un ramo de comercio muy lucrativo; los grandes provechos que resultaban de ese tráfico de imposturas sembraron la división en los